aún más fríos y enervadores, cerré las puertas del discurso á toda reflexión contraria á lo convenido, y

—*Alea jacta est*,—me dije como César, resuelto á pasar á todo trance mi correspondiente Rubicón.

II

Yacometí la empresa en la fecha convenida, un día de los últimos de octubre, frío y nebuloso en las alturas de la romana *Juliobriga*. En la clásica villa inmediata, término de mi jornada primera y única posible en ferrocarril, hice un alto de media hora escasa: lo puramente indispensable para desentumecer los miembros y confortar el estómago; porque no había tiempo que perder, según dictamen del espolique que me aguardaba en aquel punto desde la víspera con dos caballejos de la tierra, espelurciados y chaparretes, uno para conducirme á mí y otro para cargar con mis equipajes.

Puestos en marcha todos, bien corrida ya la media mañana, delante el espolique llevando del ramal la cabalgadura que apenas se veía debajo de la balumba de mis maletas y envoltorios, sin salir del casco de la villa atravesa-

mos por un puente viejo el Ebro recién nacido; y á bien corto trecho de allí y después de bajar un breve recuesto, que era por aquel lado como el suburbio de la población que dejábamos á la espalda, vímonos en campo libre, si libre puede llamarse lo que está circuído de barreras. De las cumbres de las más elevadas se desprendían jirones de la niebla que las envolvía, y remedaban húmedos vellones puestos á secar en las puntas de las rocas y sobre la espesura de aquellas seculares y casi inaccesibles arboledas, con el aire serrano que soplaba sin cesar, y tan fresco, que me obligaba á levantar hasta las orejas el cuello de mi recio impermeable.

Siguiendo nuestro camino encarados al Oeste, llevábamos continuamente á la izquierda, aguas arriba, el cauce del río, con sus frescas y verdes orillas y rozagantes bóvedas y doseles de mimbreras, alisos y zarzamora, y topábamos de tarde en cuando con un pueblecillo que, aunque no muy alegre de color, animaba un poco la monotonía del paisaje.

Á la vera del último de los de esta serie de ellos, en el centro de un reducido anfiteatro de cerros pelados en sus cimas, se veían surgir reborbollando los copiosos manantiales del famoso río que, después de formar breve remanso como para orientarse en el terreno y adquirir alientos entre los taludes de su propia cuna,

escapa de allí, á todo correr, á escondidas de la luz siempre que puede, como todo el que obra mal, para salir pronto de su tierra nativa, llevar el beneficio de sus aguas á extraños campos y desconocidas gentes, y pagar al fin de su desatentado curso el tributo de todo su caudal á quien no se le debe en buen derecho. Y á fe que, ó mis ojos me engañaron mucho, ó sería obra bien fácil y barata atajar al fugitivo á muy poca distancia de sus fuentes, y en castigo de su deslealtad, despeñarle monte abajo sin darle punto de reposo hasta entregarle, macerado y en espumas, á las iras de su dueño y natural señor, el anchuroso y fiero mar Cantábrico.

Debí de pasar demasiado tiempo en meditar sobre éstas y otras puerilidades, y en paladear los recuerdos que despertaba en mí la contemplación de aquellas cristalinas aguas que tanto han dado que hacer á la Historia y á la fantasía de los poetas, porque el espolique, salvando todos los respetos de costumbre en su ruda cortesía, me apuntó la conveniencia de que continuáramos andando.

—Da grima—le dije obedeciéndole,—pensar en la conducta de este renegado montañés.

Tuve que descifrar la metáfora para que el espolique me entendiera lo que yo quería decirle; y en cuanto me hubo entendido, me respondió:

—Déjeli, déjeli que se vaya en gracia y antes con antes aonde jaz más falta que aquí. Pa meter buya y causar malis á lo mejor, ríus como ésti nos sobran por la banda de acá.

Explicóse á su vez el espolique para que yo le entendiera, y llegué á convencerme, con ejemplos que me puso de ríos montañeses desbordados á lo mejor sin qué ni para qué, arrollando casas, puentes y molinos en las alturas, y comiéndose en los valles las tierras que debieran regar, de que bien pudiera ser obra meritoria lo que me había parecido en el Ebro falta imperdonable.

Por cierto que no se explicaba mal ni dejaba de tener su lado interesante mi rudo interlocutor, en quien apenas me había fijado hasta entonces. Era un mocetón fornido, ancho y algo cuadrado de hombros; vestía pantalón azul con media remonta negra, sujeto á la cintura por un ceñidor morado; y sobre la camisa de escaso cuello, un *lástico* ó chaquetón de bayeta roja. Calzaba abarcas de tres tarugos sobre escarpines de paño pardo, y por debajo del hongo deformado con que cubría la abultada cabeza, caían largos mechones de pelo áspero y entrerrubio, casi el color de su cara sanota y agradable, cuyo defecto único era la mandíbula inferior más saliente que la otra, como la de nuestros príncipes de la casa de Austria. Llevaba

en la mano derecha un palo pinto, y debajo del brazo izquierdo un paraguas azul, muy grande y con remiendos.

Habíame dado noticias sumamente lacónicas de mi tío.

—¿Cómo anda de salud?—le había preguntado yo en cuanto se me puso delante y á mis órdenes.

—Tan majamenti—me había respondido él. —Es de güena veta, y hay hombri pa largu.

En concreto, sólo pude saber que quedaba muy alegre esperando mi llegada.

Dábame los nombres de pueblos y montañas cuando yo se los pedía, sin cambiar el ritmo airoso de su andadura ni volver por completo la cara hacia mí. Verdad que tampoco le miraba yo derechamente cuando le preguntaba alguna cosa, porque más que en él, llevaba puesta la atención en los detalles del paisaje y en el arrastrado vientecillo que me iba poniendo las orejas encarnadas.

Quejándome de ello una vez y mostrando recelos de que lloviera al cabo,

—No hay que temelu—me dijo levantando, tan alto como pudo, el índice de su mano derecha, después de haberle metido en la boca. —El aire es cierzu, y la niebla espienza á jalar parriba en los picachus.

Cuando intimamos algo más, supe que se

llamaba *Chisco*, que servía en casa de mi tío muchos años hacía, y que no era natural de aquel pueblo, sino de otro más abajo. Me admiraba, y así se lo dije, verle caminar suelta y desembarazadamente con un calzado tan pesado y tan recio, que sonaba en las lastras del camino como si las golpearan con un mazo.

—Por acá no se gasta otru en lo más del añu —me respondió saltando con la agilidad de un bailarín por encima de un jaral que le cortaba la línea recta que iba siguiendo.—¡Y probes de nos con otra cosa más blanda en los pies pa trotear por estos suelus!

Desconcertado y pedregoso era á más no poder el que íbamos dejando atrás, y no le prometía más placentero la muestra del que teníamos delante. Por fortuna, el repliegue en que el sendero se arrastraba era relativamente descubierto y franco, en particular á nuestra izquierda.

—¿Será por este orden—pregunté á Chisco, —todo lo que nos falta por andar?

—¡Jorria!—contestó el espolique haciendo casi una zapateta.—¡Qué yanu se lo pide el cuerpu! ¡Si estu es una pura sala!

¡Buen consuelo para mí, que llevaba ya los riñones quebrantados de cabalgar por tantos y tan repetidos altibajos, y comenzaba á sentir en mi espíritu madrileño el peso abrumador

de los montes y la nostalgia de la Puerta del Sol y de las calles adoquinadas!

Andando, andando, siempre arrimado á las estribaciones de la derecha, fueron enrareciéndose los estorbos de la izquierda, y dejándose ver, por los frecuentes y anchos boquerones, llanuras de suelo verde salpicadas de pueblecillos entre espesas arboledas, unos al socaire de los montes lejanos, y otros arrimaditos á las orillas de un río de sosegado curso que serpeaba por el valle.

—¿Es éste el Ebro?—pregunté á Chisco sin considerar que dejábamos sus fuentes muy atrás y sus aguas corriendo en dirección opuesta á la que llevábamos nosotros.

—¿El Ebru!—repitió el espolique admirado de mi pregunta.—Écheli un galgu ya, por el andar que yevaba cuando le alcontremus nacienti. Ésti es el *Iger* (Híjar), que sal de aqueyus montis de acuyá enfrenti. Pero bien arrepará la cosa, no iba usté muy apartau de lo justu, porque si no es el Ebru ahora propiamenti, no tarda muchu ratu en alcanzali pa dirse juntus los dos en una mesma pieza por esus mundos ayá; y tan Ebru resulta ya el unu como el otru.

—Y este valle, ¿cómo se llama?

—Esta parte de él que vamus pisandu, pa el cuasi, Campóo de Arriba.

De buena gana hubiera revuelto mi cabalgadura hacia sus risueñas praderías, cruzadas de senderos blandos y tentadores; pero me arrastraba á la derecha el pícaro deber, encarnado en aquel condenado espolique, siempre cosido á las faldas de los montes, como si de ellos tomara el vigor y la fortaleza que parecían crecer en él según iba caminando.

También llegó á interrumpirse la desesperante continuidad de la barrera de aquel lado, y entonces columbré sobre un cerro, encajonado en el fondo de un amplio seno de montes, un castillo roquero que, aunque ruinoso y cargado de yedra, conservaba las principales líneas de su sencilla y elegante arquitectura.

—¿Qué castillo es aquél?—pregunté al espolique.

—El de Argüesu—respondióme;—y dicen si es obra de morus.

Para aquellos rudos montañeses, como pude observar más adelante, toda construcción de parecida traza es debida á los moros... ó á «la francesada.»

En éstas y otras, volvieron á unirse y apretarse los altos muros de la barrera; fué estrechándose el valle del otro lado, y cuando quedó convertido en un saco angosto, dimos en una aldehuela que llenaba todo el fondo de él.

—Aquí se acabó lo yanu y andaderu—me

dijo Chisco entonces;—y como tampoco hemos de jayar en más de tres horas otru lugar ni alma vivienti que nos estorbe el caminu, si algo le pidi el cuerpu pa levantar las fuerzas, no desaprovechi esta güena proporción de jacelu.

Nada necesitaba yo ni apetecía; pero estaba Chisco en muy distinto caso. Autoricéle para que se despachara á su gusto, y le satisfizo con medio pan de centeno y un cuarterón de queso ovejuno. Y fortuna fué para él que no se extendieran á más sus apetitos, porque hubiera jurado yo que no había otra cosa de mayor regalo en aquella desmantelada venta. Autoricéle también para que descansara un rato mientras despachaba la frugal pitanza, y para que ayudara la digestión con algunos tragos de vino; pero á todo se negó: á lo del reposo, porque con las paradas así se «enfriaban los gonces y se perdía el buen caminar, y los buenos caminantes debían descansar andando;» á lo de la bebida, porque la más sana y la mejor para él era el agua corriente y fresca de los regatos que hallaríamos «á patás» en los puertos. Con esto colgó de una muñeca el palo pinto, ató al correspondiente brazo las riendas de la cabalgadura, aprisionó el paraguas en el sobaco; y con el pan y el queso en una mano y en la otra una navaja abierta, me dió á entender,

con un ademán y una mirada, que estaba apercibido y á mis órdenes.

Nos hallábamos entonces al pie de una altísima sierra que se desenvolvía, á diestro y á siniestro, en interminable anfiteatro.

—¿Por dónde tomamos ahora—pregunté á Chisco,—y adónde iremos á salir?

—¿Vey usté—respondióme levantando y extendiendo el brazo y apuntando con la navaja abierta mientras mascaba los primeros bocados de pan y queso;—vey usté, enfrenti de nos, ayá-rriba, ayá-rriba de tou, una coyá (collada) entre dos cuetus... vamos, al acabar de esta primera sierra?

—Sí la veo,—contesté.

—Pos güenu: ¿vey usté tamién por entre los dos cuetus de la coyá, otra lomba (loma) más alta, que cierra tou el boqueti?

—La veo.

—Pos por ayí hemos de pasar.

—¿Por entre los dos cuetos?

—Por encima de la lomba que va del unu al otru.

—¿Por encima de aquella última?

—Por encima de la mesma.

—¡Pero, hombre—dije estremeciéndome,—si sobre aquella loma no se ve más que el cielo!

—Pos crea usté—me replicó el espolique con

gran prosopopeya,—que, así y con tou, hay mucha tierra que pisar al otru lau.

No quise estimar con la imaginación las dificultades que podían aguardarme en aquella empresa que acometía por mi propia y libérrima voluntad; y sin decir otra palabra, me puse en seguimiento del espolique.

El cual tomó á pecho, y á buena cuenta, los agrios callejones que parecían ser las raíces con que estaba el monte adherido al valle; callejones sarpullidos de cantos removidos y descarnados por el constante fluir de los regatos que por allí bajan desde sus cercanos manantiales.

Á estas incómodas sendas, encerradas entre setos bravíos y desconcertadas arboledas, sucedió muy pronto el suelo blando y enteramente despejado de la sierra.

Á veces era tan fino el tapiz de yerba menuda entre brezales rastreros y apretados, que resbalaban sobre él los caballos con mayor frecuencia que sobre los pedruscos y lastrales del camino andado por la linde del valle; pero como había espacio abundante y desembarazado en todas direcciones, aprovechaba yo bien estas ventajas para *cuartear* á mi gusto la subida é ir ganando la altura por donde mejor me pareciera. Chisco me precedía trepando sosegadamente por derecho, garantido por sus tarugos contra los resbalones de que no se libraba

el caballo que conducía de las riendas, cuando pisaba sobre el atusado ramaje de los brezos. Poco á poco, el bombeo de la sierra, que desde abajo parecía continuo y uniforme, empezó á encoger el radio de su curva hasta quedar la trillada senda que nos era forzoso seguir como raya de mulo sobre su espinazo, y á cada lado una profunda *hoyada* con hermosas brañas en sus laderas, y arroyos cristalinos en el fondo, golosinas que saboreaban á sus anchas las yeguadas y rebaños que se buscaban la vida por allí.

Llevábamos ya más de una hora de subir y aún nos faltaba un buen tramo para llegar á la cumbre que habíamos de trasponer. Pasado el lomo de las dos hoyadas, empezó Chisco á dar señales de tener mucha prisa por llegar á algún sitio determinado, y al fin resultó ser un arroyo de aguas purísimas y transparentes como el cristal, en que bebieron á un mismo tiempo y en una misma poza, el espolique y su caballo. Noté, al acercarme á ellos, que andaba el mío algo codicioso del mismo regalo, y no traté de negársele. Mientras bebía con ansia la pobre bestia, quedé yo encarado en opuesta dirección á la que había llevado subiendo, y con un panorama á la vista que me dejó maravillado.

—¿Qué valle es ese?—pregunté á Chisco que

se limpiaba los hocicos con la manga de su lástico.

—Pos el vayi por onde hemos pasau—me respondió;—sólo que como no vimus más que lo de la parte de acá, y esu en racionis...

Era verdaderamente hermosa aquella planicie que se perdía de vista hacia el Sur, circundada de altos montes de graciosas líneas y de calientes tonos, y adornada de cuantos accesorios pintorescos puede imaginar un artista aficionado á aquel género de cuadros: praderas verdes, manchas terrosas, esbeltos montículos, cauces retorcidos con orillas de arbolado, pueblecillos diseminados en todas direcciones, y uno más grande que todos ellos, con una alta torre en el medio, como en muestra de su señorío indisputable sobre la planicie entera. Aunque no fiaba mucho de mi memoria ni de mi sensibilidad artística, creía yo que aquel panorama, con ser montañés de pura casta, se diferenciaba mucho de los que yo había visto *abajo* alguna vez: era pariente de ellos, sin duda, pero no en primer grado. Desde luégo no había, entre todos los valles que yo conocía de peñas al mar, uno tan extenso ni de tanta luz como aquél; y ya, puesto á comparar, me atreví á hallarle más semejante, en sus líneas y en la austeridad de su color, á los valles de Navarra cuando aún verdeguean en el campo sus

sembrados. De todas suertes, era muy bello, y podía considerarse como una gallarda variante de la hermosura campestre de que tanta fama goza la Montaña, con sobrada razón.

Por las noticias no muy minuciosas que fué dándome Chisco, supe que aquel valle era el de los tres Campóes: el de *Suso,* ó de Arriba (el más cercano á nosotros); el de Enmedio y el de *Yuso*, ó de Abajo; y el pueblo grande con la torre en el centro, que se veía en lo más lejano de la llanura, Reinosa, la villa en que yo había dejado el tren y encontrado á Chisco.

Cuando éste no tuvo más que decirme, continuó su acompasada marcha monte arriba, y no tardé en verle detenido con su caballo, y como encaramados los dos en el parapeto de una azotea, sobre el perfil de la loma, destacándose ambas siluetas en una mancha azul del cielo remendado de nubes cenicientas. Dejé yo entonces mis éxtasis contemplativos y piqué á mi dócil y resignada cabalgadura, que arrancó trotando á la querencia de la otra.

Pocos pasos antes de llegar yo al punto en que me aguardaba el espolique, volvióse éste hacia mí; y tendiendo el brazo derecho en dirección opuesta, me dijo con cierta solemnidad que entonaba muy bien con lo señalado por su mano:

—El Puertu.

Subí lo que me faltaba, púseme junto á Chisco y miré... Tenía razón el espolique: era mucha la tierra que había que pisar por aquel lado. ¡Pero qué tierra, divino Dios! Á mi izquierda, y en primer término, dos altísimos conos unidos por sus bases, de Norte á Sur, como dos gemelos de una estirpe de gigantes; enfrente de ellos, á mi derecha, las cumbres de Palombera dominadas por el *Cuerno* de Peña Sagra que extendía sus lomos colosales hacia el Oeste; y allá en el fondo, pero muy lejos, cerrando el espacio abierto entre Peña Sagra y los dos conos, las enormes Peñas de Europa, coronadas ya de nieve, surgiendo desde las orillas del Cantábrico y elevándose majestuosas entre blanquecinas veladuras de gasa transparente, hasta tocar las espesas nubes del cielo con su ondulante y gallarda crestería. Por el lado en que me encontraba yo, descendía la sierra blandamente hasta la base del primer cono, de la cual arrancaba hacia la derecha un cerro de acceso fácil, que resultaría montaña desde el fondo de la barranca en que terminaba bruscamente. Lo que había entre la loma de este cerro y el espacio limitado por las Peñas de Europa, no era posible descubrirlo, porque lo bajo quedaba oculto por el cerro, y lo alto me lo tapaba una neblina que andaba cerniéndose en jirones, de quebrada en quebrada

33737
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO